

ción traída por los cabellos, y el continuo recuerdo de otros libros contemporáneos, como el *de las claras y virtuosas mujeres*, de D. Alvaro de Luna, que explotó mucho para las glosas. Creemos que fué el Condestable el primer portugués que escribió en prosa castellana, y no se puede decir que fuesen infructuosos sus esfuerzos. Siguió la corriente latinista, abusando del hipérbaton, á veces en términos ridículos (1) que sólo admiten comparación con el horrible galimatías de don Enrique de Villena; pero otras veces, como por instinto ó imitando buenos modelos italianos como la *Vita Nuova* que seguramente tenía delante, acertó á dar á la prosa

«Maldito sea el día en que primero amé, la noche que velando, sin recelar la temedera muerte, puse el firme sello á mi infinito querer é iuré mi servidumbre ser fasta el fin de mis días! No se recuerde Dios dél é quede enfascado é oscuro syn toda lumbre. Sea lleno de muerte é de mal andanza. Aquella noche tenebrosa, turbiones, relámpagos, lluvias con terrible tempestad acompañen. Aquel día no sea contado en los días del año; no se nombre en los meses. Sea aquella noche sola é de toda maldición digna... ¿Para qué fué á hombre tan infortunado luz dada, sino escuridat é tiniebras? ¿Para qué al que vive en toda pena é tormento vida le fué dada, sino que fuera como que no fuera, del vientre salido, metido en la tumba?»

(1) Véase, por ejemplo, la jerigonza con que acaba el libro:

«Fenescida (la Sátira) quando Delfico declinaba del cerco meridiano á la cauda del dragón llegado, é la muy esclarecida Virgen Latona en aquel mismo punto sin ladeza al encuentro venida, la serenidad del su fermoso hermano sufascaba; la volante águila con el tornado pico rasgaba las propias carnes, é la corneia muy alto gridaba fuera del usado son: gotas de pluvia sangrientas moiaban las verdes yerbas: Euro é Zéfiro, entrados en las concavidades de nuestra madre, queriendo sortir, sin fallar salida, la fazian temblar; é yo, sin ventura, padeciente, la desnuda é bicortante espada en la mi diestra miraba, titubando con dudoso pensamiento é demudada cara si era mejor prestamente morir ó asperar la dubdosa respuesta me dar consuelo.»

un grado notable de viveza y elegancia, mostrando ciertas condiciones pintorescas y algún sentido de la armonía del periodo (1). En el cultivo de la prosa sentimental fué ciertamente discípulo de Juan Rodríguez del Padrón, pero su manera, en los buenos trozos, parece más próxima al tipo que muy pronto iban á fijar, en Castilla el autor de la *Cárcel de amor*, y en Portugal el de *Menina é moça*.

No es fácil conjeturar quien fué la hermosa Princesa (así la nombra) que inspiró al Condestable esta ju-

(1) Trozo agradable, por ejemplo, es el siguiente:

«Assi caminaba, sembrando á aquellos que, pasando los Alpes, el terrible frio de la nieve é agudo viento dan fin á sus dolorosas vidas; que así pegados en las sillas, helados del frio, siguen su viaje fasta que de aquéllas, no con querer ó desquerer suyo, son apartados é dados á la fria tierra. Tal parecia como los navegantes por la mar de las Serenas, que oindo el dulce é melodioso canto de aquéllas, desamparado todo el gobierno de sus naos, embriagados é adormescidos, allí fallan la su pos-trimeria.....»

«Afanado mi espíritu, enoiado ya mi entendimiento, mis oíos á la oriental parte levaté; mas aunque mucho mirase en torno de mí, jamás en conocimiento do era pude venir..... Ya los menudos é lumbrosos rayos (del sol) ferían los altos montes, é veyéndome tan lejos do partiera, moví contra un arboledo bien poblado de fermosos é fructuosos árboles..... É llegando al solitario monte, descendí, é descendido, acostéme en las verdes yerbas, é las que tañia non padescian la verde color. Allí los gritos, allí los alaridos, allí los suaves cantos de las silvestres aves facian gran sonido: allí conocí que alguna cosa non cubria el estrellado cielo, abondado de tanta mala dicha como yo, pues todas en gozo, placer é deportes pasan sus vidas; yo en tristeza muy amaga plañiendo mi mala vida, é menospreciando todo mi bien continuamente vivia: todas poseyendo libre albedrio para facer lo que deseaban; yo solamente pensar en lo que deseaba no era osado.»

El retrato de la dama tiene también algunos toques graciosos, mezclados con otros de muy mal gusto.

venil pasión, puesto que á despecho de las afectaciones del estilo, creemos que se trata de amores verdaderos. En las ponderaciones de su belleza, discreción y honestidad no pone tasa, llegando á aplicarla aquel mismo encarecimiento, poco ortodoxo, que Cartagena hizo de la Reina Católica. Salvo la Madre de Dios, «no nació, desde aquella que fué formada de la costilla... quien á sus pies por méritos de gloriosa virtud »asentar se debiese.» Y en verso todavía pasa más la raya, según necio estilo de trovadores:

Oid tan gran culpa vos,
Cumbre de la gentileza,
Mi gozo, *mi solo Dios*,
Mi placer é mi tristeza
De mi vida.

Estas poesías con que la *Sátira* acaba son en extremo conceptuosas y alambicadas, pero están escritas con soltura muy digna de notarse en un poeta que no tenía el castellano por lengua nativa.

Discreta, linda, hermosa,
Templo de moral virtud,
Honestad muy graciosa,
Luzero de inventud
Y de beldad.
A mis preces acatad,
Oyd las plegarias mías,
No fenezcan los mis días
Con sobra de lealtad.

No fenezca vuestra fama
Que vuela por toda parte;
No fenezca quien vos ama;
Desechad, echad á parte
La crueldad.

Seguid virtud y bondad,
Seguid la muy alta gloria
É no lieve la victoria
La dañada voluntad.

.....
No creáis que porque muero
Con desigualada pena,
Que por esso yo requiero
Para vos cosa tan buena
En extremo.

Ni porque más males temo,
Ni porque la muerte llamo,
Mas sólo porque vos amo
En grado mucho supremo.

Ni por ál yo no me curo
De vuestro bien soberano,
Ni por ál yo no procuro
Que creáis aquesta mano
Toda vuestra.

É la mi parte siniestra
Ferida de mortal llaga,
Sanéis é mi triste plaga
Curéys con la gentil diestra.

.....
Doledvos de mi pasión
É de mi grand perdimento;
Quered vuestra perfección
No queriendo mi tormento
Desigual;
Mi firme querer leal,
Vuestro muy más que debía,
Librad vos, ídola mía,
De dolor pestilencial.

La fecha de la *Sátira de felice é infelice vida* no puede traerse más acá de 1455, puesto que aquel año pasó de esta vida la Reina doña Isabel de Portugal, á quien está dedicada. Es singular que ni Teófilo Braga,

en sus numerosas publicaciones (1), ni los biógrafos catalanes del Condestable (2), ni el mismo diligentísimo autor del Catálogo de los autores portugueses que han escrito en castellano (3), se hagan cargo de una importante noticia que Beller mann dió en 1840 de otra obra inédita del Condestable, en prosa y verso, inspirada por el fallecimiento de su hermana, y que debe de ser muy semejante en su traza y disposición á la *Sátira de felice é infelice vida*. «Poseo (dice Beller mann) una serie de composiciones poéticas de este D. Pedro, copiadas de un antiguo manuscrito inédito que se halla en una biblioteca particular de Lisboa. Toda la obra consta de 80 hojas en pergamino: se titula al fin *Tragedia de la insigne Reina Doña Isabel*. Está en verso y en prosa, afectando cierta forma dramática. Al principio en vez de título lleva las palabras francesas *Paine pour joie* (que eran el lema del Condestable) y un prólogo del autor dedicándola á su hermano menor, don

(1) Véase principalmente, para el caso, *Poetas palacianos do seculo XV* (Porto, 1872). Cap. IV.

(2) Coroleu é Inglada (D. José), *El Condestable de Portugal, rey intruso de Cataluña*. (En la *Revista de Gerona*, tomo II, 1878.) Balaguer y Merino (D. Andrés), *Don Pedro el Condestable de Portugal, considerado como escritor, erudito y anticuario. Estudio histórico-bibliográfico*. (Gerona, 1831.)

Curioso trabajo lleno de datos nuevos y de documentos importantísimos, que me han sido muy útiles en esta parte de mi estudio. El malogrado Balaguer y Merino era un investigador tan sólido como modesto, y su muerte fué una gran pérdida para la erudición catalana. Era además hombre tan sencillo y bueno, que no puedo renovar sin dolor su memoria.

(3) García Pères (D. Domingo), *Catálogo razonado, biográfico y bibliográfico de los autores portugueses que escribieron en castellano*. (Madrid, 1880.)

Jaime, que fué Cardenal de San Eustaquio y Arzobispo de Lisboa.»

A juzgar por el brevísimo análisis que Beller mann (1) hace de esta *Tragedia*, escrita en castellano como todas las obras del Condestable, su contenido debe de ofrecer más interés que el de la *Sátira*, puesto que el autor, partiendo de la consideración de su propio infortunio, se eleva á consideraciones de filosofía religiosa sobre la inestabilidad de los bienes y prosperidades del mundo, acabando por resignarse sumisamente á la voluntad de Dios. Idéntico pesimismo cristiano, si es que esto puede llamarse pesimismo, campea en las *Coplas del contempto del mundo*, y tales debían de ser las habituales meditaciones de aquel príncipe, cuya vida fué tan contrastada y tan amarga.

Un error de García de Resende, que todos hemos repetido hasta estos últimos años (2), ha venido atribuyendo este notable poema, quizá el mejor que en aquel *Cancionero* se encuentra, al «infante don Pedro, »filho del rrey dom Joam da gloriosa memoria». Tal error procedía acaso de la primera y rarísima edición gótica, que de estas coplas, acompañadas de una glosa del aragonés Antón de Urrea, se hizo en Zaragoza ó en Lisboa, donde también se da á D. Pedro el título de Infante, aunque sin decirle hijo de D. Juan I (3).

(1) *Die alten Liederbücher der Portugiesen oder Beiträge zur geschichte der portugiesischen Poesie vom dreizehnten bis zum Anfang des sechzehnten Jahrhunderts...* Berlin; bei Ferdinand Dümmler. 1840. PP. 29-31.

(2) Creo que el primero que le corrigió fué el difunto bibliotecario D. José María Octavio de Toledo, en un artículo publicado en la *Revista Occidental*, de Lisboa, que cita Th. Braga.

(3) *Coplas fechas por el muy illustre Señor Infante Don Pe-*

Pero la mención del acabamiento de D. Alvaro de Luna (1453) basta para demostrar la imposibilidad de tal atribución, y para restituir el poema á su verdadero autor, que es el hijo y no el padre, el Condestable y no el Infante.

Con razón ha dicho Oliveira Martins que estas coplas son el documento poético más notable de la literatura portuguesa de su tiempo. Adolecen, es cierto, de la frialdad inherente á la poesía didáctica, y no son en gran parte más que repetición de lugares comunes bebidos en la lectura entonces frequentísima de los moralistas antiguos, especialmente de Séneca, perpetuo oráculo del estoicismo español en todos los siglos. Los

dro de Portugal: en las quales hay Mil versos con sus glosas contenientes del menosprecio: e contempto de las cosas fermosas del mundo: e demostrando la su vana e feble beldad (Biblioteca Nacional de Lisboa). El P. Méndez (*Tipografía Española*) describe otro ejemplar que vió en poder de D. Santiago Saiz, 34 hojas en folio, sin numeración y con letras de registro. En papel grueso como de protocolos. Cree que se imprimió en Lisboa, por ser igual en papel y tipos á la *Glosa famosísima sobre las coplas de Don Jorje Manrique*, impresa en la capital de Portugal por Valentín Fernández, en 1501. Oliveira Martins, no sé con qué fundamento, la supone de Zaragoza, 1478. Acaso sean distintas la edición de la Biblioteca Lisbonense y la que manejó el P. Méndez.

Poseyó éste un códice de la misma obra, escrito en el siglo xv, papel grueso y letra clara y hermosa, con 152 folios útiles; comprendía 126 octavas (en todo mil y ocho versos), muchas de ellas con su glosa como en el impreso, aunque con variantes. A las octavas antecedía, en seis hojas, un proemio en prosa, que las ediciones no traen, y cuyo principio era este: «Comienza el prohemio dirigido al muy excelente é muy católico príncipe temido e muy amado señor Alfonso el quinto deste nombre: rey de los portugueses e señor de la insigne e muy guerrera africana cibdat...»

Finalizadas las octavas, proseguía en el manuscrito un razo-

ejemplos históricos con que el autor corrobora su doctrina pertenecen también al fondo más vulgar de la cultura de su siglo; y, en suma, apenas hay nada que por novedad de pensamiento llame la atención ni se fije indeleblemente en la memoria. Pero en medio de la aridez que tales sermones poéticos tienen, cuando no es un Juvenal quien los escribe, hay en este poemita no sólo un nobilísimo sentimiento de la justicia y un ideal muy noble de la vida, sino un tono de melancólica resignación, que es indicio de ánimo sincero, y nota personal introducida á tiempo para concretar un poco la vaguedad de los preceptos. Cierta pudor ó altivez aristocrática impide al Condestable insistir en sus propios casos ni en los infortunios de su familia,

namiento de despedida y amonestaciones cristianas, que se suponían hechas por el rey Alfonso V á la Infanta de Portugal Doña Juana, cuando vino á Castilla á casarse con el rey Enrique IV. Esta pieza retórica que, á juzgar por el estilo, bien puede ser del Condestable más bien que del monarca en cuyos labios se pone, comenzaba así: «Venido es el tiempo, o dulce fija mia, en que yo casarte debo: llegada es tu edad, como yo pienso, á los convenientes años de los maritales tálamos...» Y acababa: «Dame ya, my cara fija, los postrimeros e amorosos abrazos: recuérdate de mis amonestamientos: recuérdate del nuestro deseoso despido: recuérdate desta nuestra postrimera vista, que es quando... las secas tierras se aparejaban regar, fenecido segun los romanos el día de Saturno, comenzado el día de Delio, cuya festividad honor de la resurrección del todo poderoso e misericordioso iesu celebramos, en el año de la venida de nuestro redemptor en carne, milésimo quadragentesimo quinquagesimo quinto, pasada la primera guerra contra los agarenos de D. Enrique, el quarto deste nombre rey de Castilla, adonde en los rreales cerca de las cipdades morismas tu fuiste, y en hedat creciente como tu sabes, e las mis mannos, que dexadas las armas con intenso e intimo amor, ser-vian a ti, e te administraban los dulces manjares.»

Poeta mucho más importante, sobre todo por la luz que dan sus versos sobre algunos sucesos y costumbres de su tiempo, es Fernán de Silveira, más conocido por su título palatino de *Coudell-Moor*, que sirve además para distinguirlo de otros poetas de su familia, pues son nada menos que trece los que llevan este apellido en el Cancionero de Resende. Pero la mayor y mejor parte de las composiciones de este feliz ingenio, que fué además íntegro magistrado y mereció de la severidad de D. Juan II el honroso apodo de *el Bueno*, están en su nativa lengua portuguesa, descollando por su valor histórico las coplas que dirigió á su sobrino García de Mello dándole reglas para el trato de palacio: especie de manual de cortesía en el estilo del *ensenhamen* provenzal de Amaneo des Escas ó del *Doctrinal de gentileza* que entre nosotros compuso el Comendador Ludeña. En castellano apenas tiene más que una glosa sobre este mote ajeno: «*mis querellas he vencido.*»

Curiosas por su extravagancia son las pocas composiciones castellanias de Álvaro de Brito Pestana, que en la sátira portuguesa aventajó á todos los poetas del *Cancioneiro*, como lo prueban las notabilísimas coplas al regidor Luis Fogaça sobre los *malos aires* de Lisboa y el modo de sanearla. Su nombre va tristemente unido á la celada de Alfarozeira, en que dió la señal del combate como capitán de los arcabuceros del Rey. Disfrutó desde entonces de gran favor en Palacio, y fué uno de los caballeros que en 1451 acompañaron á la Infanta Doña Leonor, hermana de Alfonso V, cuando fué á casarse con Federico III, Emperador de Alemania. Pero su estrella declinó en tiempo de D. Juan II,

que siempre miró con malos ojos á cuantos habían tomado parte en la ruina del Infante su abuelo. Entonces buscó, según parece, la protección de los Reyes Católicos, en loor de los cuales compuso unas disparatadas coplas que se pueden leer de sesenta y cuatro maneras, con la gracia especial de que todas las palabras de cada estrofa empiezan con la misma letra: artificio métrico sumamente ingrato al oído, como puede juzgarse por esta muestra:

Esclareces, ensalzada,
En Europa elegida,
Esperante, esperada,
Estrella esclarecida.
Esplendor espiritual,
Electa, expectativa,
Especta, executiva,
Extrema, esencial.

Alarde de mal gusto, sólo comparable con el del humanista que llamándose Publio Porcio compuso el poema latino *Pugna porcorum*, en que todas las palabras empiezan con *P*, semejando toda la obra un perpetuo gruñido.

Aunque tan apasionado de nuestra gran Reina; cuando el Roperio Antón de Montoro salió con aquellas coplas de sacrilega adulación:

Alta Reina soberana,
Si fuéssedes antes vos
Que la hija de Santa Ana,
De vos el fijo de Dios
Recibiera carne humana;

Alvaro de Brito lanzó contra él una formidable sátira, en que le denuncia como hereje y judaizante, y

ellas, bastando decir que á pesar de la flojedad del estilo en muchos trozos, y de las incorrecciones de lengua y versificación, tolerables al cabo en pluma forastera (y algunas de las cuales quizá puedan achacarse á la incuria ortográfica de Resende, que llenó de lusitanismos las poesías castellanas de su colección), ninguno de los poetas portugueses que en el siglo xv escribieron en nuestra lengua hizo cosa mejor, ni quizá se encuentre en todo el *Cancioneiro Geral* poesía de más alto sentido y de más grave entonación, aun prescindiendo de la curiosidad que la da el nombre de su autor.

No sabemos fijamente á qué año corresponde esta exposición poética de las máximas de Séneca coronadas con las del venerable Tomás de Kempis; ni si precedió ó siguió á la vuelta del Condestable á Portugal, en 1457, cuando Alfonso V, apiadado de él ó quizá por impulso de un remordimiento, consintió en levantarle el destierro. Narra el hecho así Ruy de Pina en el capítulo 138 de su *Crónica de D. Alfonso V*: «En este tiempo, y en el fervor de esta cruzada (contra los moros de Africa) andaba aún desterrado en Castilla el señor D. Pedro, que con mucha paciencia de grandes necesidades y desventuras, que en su destierro soportaba, y con una loable templanza que en sus palabras y en sus obras mostró siempre para el reino y para el Rey, obligó y conmovió á éste para que le dejase retornar á sus reinos, y le hiciese aquella honra y merced que él por muchas causas merecía, especialmente porque el duque de Braganza, así que vió la muerte de la Reina, no contradijo la vuelta del Infante con tanta insistencia y tanto recelo como en vida de ella hacía;

y aunque tenía promesa del Rey de que el dicho D. Pedro, en vida del Duque, no viniese sin su beneplácito á estos reinos, desistió de ella.»

Acompañó el Condestable á su primo y cuñado en la empresa de Tánger, y se hallaba en el campamento de Ceuta cuando recibió una inesperada y honrosísima embajada, que parecía torcer el curso de sus destinos, hasta entonces tan infaustos.

Es sabido que después de la muerte del Príncipe de Viana, los catalanes declararon roto el juramento de fidelidad que habían prestado á D. Juan II de Aragón, y ofrecieron la corona á varios príncipes, entre ellos á Enrique IV de Castilla, ninguno de los cuales tuvo resolución para aceptarla. Entonces se acordaron de que en Portugal quedaba sangre de sus reyes, y determinaron hacer la misma oferta al Condestable, cuya fama de valeroso y cumplido caballero se extendía por toda España. En 30 de Octubre de 1463 zarparon del puerto de Barcelona dos galeras mandadas por el honorable Rafael Juliá, conduciendo á los representantes de la ciudad condal, á quienes presidía Mosén Francisco Ramis, como embajador de los diputados de la Generalidad y Consejo del Principado. Era portador de una carta en que los catalanes proclamaban por su rey y señor al Condestable: «*ab integritat de leys e libertats com aquell al qual justícia acompanye devant tots altres per esser la propria carn devallant de la recta linea del excellent rey Nanfós lo benigne axi en les croniques intitulat,*» y le exhortaban á tomar posesión del Reino.

No titubeó ni un momento el caballeresco espíritu del príncipe en arrojarle á una empresa tan erizada de

peligros y dificultades, puesto que tenía que conquistar por fuerza de armas el reino que se le ofrecía, luchando con uno de los más astutos políticos y más excelentes soldados que en su tiempo había. Se embarcó, pues, para Cataluña, y después de una trabajosa navegación de cerca de tres meses, arribó á la playa de Barcelona el 21 de Enero de 1464. La pompa de su entrada está largamente descrita en el Dietario de la Diputación, y en el segundo de los libros de *solemnitats* que guarda el Archivo Municipal de Barcelona, y que ha dado á conocer (con tantos otros preciosos documentos relativos á nuestro poeta) el Sr. Balaguer y Merino.

El domingo 13 de Enero juró el Condestable los fueros y privilegios del Reino, y no fué tardío ni remiso en cumplir su juramento de defenderlos, á pesar de la traidora enfermedad que iba minando su existencia. Poco más de dos años duró su efímero reinado, pero en ellos desplegó grande actividad como gobernante, del modo que lo testifican los copiosos registros de su cancillería; y probó una vez y otra el trance de las armas, con varia fortuna, pero siempre con créditos de bizarro y animoso, hasta que la suerte se le declaró de todo punto adversa ante las puertas de la villa de Calaf, donde fué completamente derrotado en batalla campal el 18 de Febrero de 1465 por el Conde de Prades, con quien hacía sus primeras armas el infante que fué luego Fernando el Católico. En esta terrible derrota cayeron prisioneros los más notables partidarios del rey intruso, tales como el vizconde de Rocaberti, el de Roda, un D. Pedro de Portugal, primo-hermano del Condestable, el gobernador de Cataluña mosén Garau

de Servelló, Bernardo Gilabert de Cruylles y otros muchos.

Derrotado el Condestable se replegó á Manresa, y de allí pasó sucesivamente á Granollers, Hostalrich, Castellón de Ampurias y Torroella de Montgri, dirigiéndose por fin al Ampurdán, donde puso sitio á La Bisbal, rindiéndola por fuerza de armas en 7 de Junio.

Este fué su último triunfo: la fortuna le había vuelto resueltamente la espalda: su candidez diplomática contrastaba con la profunda sagacidad de D. Juan II, que cada día le iba robando partidarios y sembrando la división en su campo. Su ánimo estaba postrado, y además las fatigas de la campaña habían desarrollado rápidamente el germen de la tisis que le consumía. Sus días estaban contados, pero todavía soñaba con buscar nuevos auxiliares á su causa, contrayendo matrimonio con una hermana del rey de Inglaterra, parienta suya por parte de su abuela paterna Doña Felipa de Lancaster: y hasta llegó á enviar en arras á su futura un diamante engarzado en un anillo de oro, según de documentos del Archivo de la Corona de Aragón resulta, constando asimismo el precio en que fué comprada tan rica joya.

Ruy de Pina, que escribía lejos y estaba mal informado, echó á correr la especie, entonces inevitable cuando se trataba de la muerte de algún soberano, de que el Condestable había sido envenenado. No hay para qué detenerse en refutar semejante calumnia: el Condestable sucumbió á la mortal consunción que le aquejaba, el 29 de Junio de 1466, en la villa de Granollers, á los 35 años de su edad, otorgando el mismo día de su fallecimiento un muy prolijo y minucioso tes-

tamento, que ya Zurita extractó en sus *Anales* y que íntegro puede leerse en la monografía que principalmente nos sirve de apoyo. Conforme á esta postrera voluntad suya, fué enterrado en la iglesia de Santa Maria del Mar de Barcelona, con funerales verdaderamente regios; y allí descansa, aunque no en el altar mayor como él dispuso, por haber sufrido renovación en épocas de mal gusto el pavimento de aquel hermosísimo templo. El sepulcro del Condestable no tiene inscripción alguna, pero sí una notable estatua yacente, obra del escultor Juan Claperós, que representa á D. Pedro con las manos cruzadas sobre el pecho y un libro entre ellas, que si no es simbolo del libro de la vida, puede ser testimonio de los gustos literarios del Infante.

El cual no fué solamente poeta, sino también erudito, bibliófilo y numismático. Poseyó una biblioteca de 96 códices, número muy respetable para su tiempo; á los cuales se refiere en un documento dirigido al Obispo de Vich: *libros nostros tam de theologia, strológia, philosophia et poesia, quam de istoriis vulgaribus in cathalana, francigena ant portugalensi vel latina aut aliis quibusvis linguis descriptos et continuatos*. Tuvo además un monetario bastante copioso, *tecatium illud de monetis sive de medallis antiquis*: generosa y culta afición que habían tenido también el magnánimo Alfonso V y su sobrino el Príncipe de Viana, y quizá antes que ellos el Conde de Urgel D. Pedro, bisabuelo del Condestable; si bien de éste parece, por lo que cuenta Lorenzo Valla, que aunque tenía en su tesoro monedas de diversas regiones y tierras y en tanta cantidad que admiraba á los que las veían, y entre ellas más de cua-

renta maneras y especies de monedas de oro, no eran antiguas, sino modernas y corrientes, y no las reunía por honesto estudio arqueológico, sino por desenfrenada codicia, «metiéndolas por fuerza en sus escritorios, »de canto y de ringlera, apretándolas y entremetiéndolas con martillo», según dice Monfar, el cronista de la casa de Urgel (1).

El inventario de los libros del Condestable existe, por fortuna, entre los protocolos del Archivo Municipal de Barcelona (2), y si bien inferior en número de volúmenes á otras bibliotecas de su tiempo, tales como la de la Reina Doña Maria de Aragón, la del Príncipe de Viana y la del Rey de Portugal D. Duarte, es notable por la variedad de materias y aun de lenguas, habiendo códices latinos, franceses, toscanos, portugueses, catalanes y castellanos, entre los cuales figuran algunas obras al parecer desconocidas, tales como una traducción portuguesa de Suetonio, un libro en vulgar catalán titulado *La contemplació de la Reyna*, otro también en catalán, aunque con título latino, *Speculum ecclesiae mundi*, unos *Metamorfoseos* de Ovidio en castellano, al parecer más antiguos que ninguno de los que tenemos, un *Valerio Máximo* castellano, también anterior al de Urries, y otras curiosidades; observándose que, á pesar de las aficiones poéticas del Príncipe, predominaban en su colección las obras históricas (rasgo común, por otra parte, á todas las grandes bibliotecas de este tiempo), sin que aparezcan más libros de poesía

(1) Tomo II (X de los *Documentos del Archivo de la Corona de Aragón*), pág. 249.

(2) Le ha publicado el Sr. Balaguer y Merino en la Memoria tantas veces citada.